

Cuentos de Eva Luna

Isabel Allende

Plaza y Janés. Barcelona, 1990

Isabel Allende completa con esta extraordinaria narración la trayectoria iniciada con su primera novela *La casa de los espíritus*. Es buena la idea de lanzar un libro de cuentos después de un éxito en novela, ya que así la reticencia está vencida; las editoriales no quieren saber nada del cuento como mercancía si su existencia no viene avalada por un éxito en el género insignia, la novela.

Allende presenta en *Cuentos de Eva Luna* 23 historias atadas por un hilo al que se podía catalogar de agradable sorpresa. Sorpresa porque a todo lo largo de la epopeya es imposible imaginar el final por más que el lector ya esté apercibido de las intenciones de la autora a tenor de lo que ha leído hace sólo una página. Al principio de cada relato se sirve una especie de aperitivo que resulta ser una carga de profundidad explosiva en el momento preciso y que no es más que un regreso a los orígenes del personaje y de su compromiso con el escenario y la historia en que los ha envuelto Isabel Allende.

Siempre se ha dicho que en arte se parte de cenizas. Es decir, de lo que anteriormente se ha hecho y del que el joven o subsiguiente escritor no es más que un alumno que tiene la obligación de mejorar las enseñanzas del maestro. Yo creo que en literatura todos somos hijos de todos. El escritor, como el más significativo de los artistas, es un ser hipersensible en cuanto a influencias. Un simple artículo periodístico o una discusión en la calle le pueden hacer cambiar el enfoque de lo que está haciendo o de algo ya tenido por concluido y que inmediatamente debe corregir. ¡Qué tal con toda la literatura de la que se nutre! ¡Y qué tal de los grandes autores a los que no puede olvidar como maestros! Si todos los escritores en castellano están marcados con el hierro cervantino, los latinoamericanos en particular (los de las últimas generaciones) no pueden huir del espejo de García Márquez. A Isabel Allende se le nota mucho la influencia del colombiano. Rápidamente me apresuro a decir que no lo digo porque yo proceda del mismo país del autor de *Cien años de soledad* y, sobre todo, que las influencias sean malas. Declaro, lo más solemnemente posible, que las influencias son buenas y que es imposible escribir sin ellas. Félix Grande, el director de esta revis-

ta, me dijo una vez que es imposible escribir un poema sin antes haber leído 100 buenos poemas. Esto es cierto no porque lo diga Grande sino porque la limpieza creativa a la hora de plasmar las ideas brotará después de desbrozado el camino. En este sentido me atrevería a decir que Isabel Allende no ha hecho toda la quema de rastrojo necesaria. La misma forma de adjetivar de García Márquez es empleada por la chilena; las analogías un tanto tremendistas que incendian las comparaciones; palabras y situaciones chuscas buscando la carcajada del lector.

Que quede bien claro que todo lo anterior no es una crítica dura a este libro de cuentos de Isabel Allende. Sería todo un atentado a la buena literatura. Porque ¿cómo denostar mágicas situaciones y tramas de una técnica envidiable? Una niña que se enamora del amante de su madre y para conquistarlo procede a unas ceremonias erótico-religiosas de invención propia; las amantes de un truhán aborrecible consiguen vivir como hermanas criando a los hijos comunes; un empresario de circo que, después de reunir una gran fortuna, se enamora y conquista a la esposa de un magnate de joyería por medio de un número circense representado en el jardín de la dama; una pareja de pillos que, no obstante su riqueza, son rechazados por la aristocracia del país y para lograr ser de las familias «bien» inventan el secuestro de ella por parte de un grupo subversivo. Y así durante 23 geniales narraciones.

Cuadernos Hispanoamericanos nº 495, sept. 1991 666 777